PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,

DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMÉSTICOS,

AÑO I. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 3.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	½ peso.	1 ½ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.
Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.
Madrid, 30 de Enero de 1878.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscricion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

GRAN CACERÍA REAL

dada á Felipe IV, en el coto de Doña Ana, por D. Manuel Alonso Perez de Guzman el Bueno, Duque de Medina Sidonia (1).

Llegó Su Majestad tarde al concierto, que estaba 3 leguas de las casas, donde le besó segunda vez la mano el Conde de Niebla, y le sirvió (en nombre de su padre, para sí, para Su Alteza y los demas señores que le acompañaban) con doce caballos con sus aderezos de campo, algunos bordados de oro sobre ante y gamuzas, y otros de cordobanes, de muchas diferencias de colores, tambien bordados, y los caballos para Su Majestad y Alteza cubiertos con telices de terciopelo verde, bordados con cortaduras de tela naranjada y torzales de oro, y doce lanzas, las dos de las personas Reales de juncos de la India guarnecidas de oro, y las demas de

(1) Continuacion. Véase el número anterior.

LA CETRERÍA CONSERVADA ENTRE LOS ÁRABES.

BIBLIOTECA NACIONAL

plata : y otro dia se repartieron los caballos entre los señores, reservando Su Majestad y Alteza y el Conde para sí los que iban señalados. Á dos ballesteros de Su Majestad dió tambien otros dos caballos y aderezos de monte, y órden al Conde, su hijo, que los sacase á aquel sitio, donde se pudiese correr en ellos el primer jabalí en su tierra. Por ser tarde y muy ásperos los montes, no hubo lugar más de que los sabuesos matasen uno de los que estaban concertados, en que Su Majestad se entretuvo, y despues en ver correr á los galgos una banda de gamos.

Llegada que fué la noche, tomó el coche, y metiendo en él al Conde de Niebla, caminó á las casas de Doñana, donde despues que hubo descansado, quiso ver los artificios é invenciones de fuegos que le tenian prevenidos delante dellos, tales, que cuando no hubiera habido en el bosque de Doñana otra demostracion, bastára sola ésta á manifestar la grande voluntad del Duque. Vídolos Su Majestad desde una ventana de la galería que mira al campo, teniendo consigo al Conde de Niebla, y haciéndole particulares favores, celebrando lo que le entretenian. Estaba formado un castillo de pólvora ochavado, frontero de la puerta principal de la casa, de 50 piés de alto, 9 varas de diámetro y 27 de circunferencia, con dos órdenes de corredores; en el primero estaba un gladiator jugando con dos espadas, y en el segundo, más alto, el hecho de don Alonso Perez de Guzman en Tarifa, y por remate una jarra muy bizarra, de que salieron juntos innumerables cohetes voladores. Cada corredor tenía ocho pirámides, que las remataban otros tantos globos, todo de la misma pintura que el castillo, el cual tenía repartidas en los lados quinientas bombas de á ocho libras de pólvora cada una, y se remataba el castillo con una figura de fama bien acabada. Púsose una sierpe junto al castillo con mucha máquina de cohetes; habia seis hombres á caballo armados de fuego con sus adargas que jugaron las cañas, y lidiaron un toro cohetado. Habia dos hombres armados con sus celadas, que tornearon en una batalla de gran cantidad de cohetes. Otro, armado de fuego, sobre un carro de fuego, que se quemó, quedando sin daño : echó de sí tantos voladores y cohetes, que duraron una hora. Habiéndose concluido, mandó el Rey al Conde se fuese á su cuartel, y pidió la cena : y es increible cosa lo que se gastó de los guardamangeles para Su Majestad y los que le seguian; pues concurriendo en aquel sitio (de la gente que venía con la Córte, y los que se habian juntado de diferentes partes á ver aquellas grandezas) más de doce mil personas, todos alcanzaron abundantísimamente de todo género de regalos, siendo en este desórden mayores los desperdicios. Acabada la cena, se recogió Su Majestad y los demas señores á sus aposentos. En el de Su Majestad habia una caja grande de plata, grabadas las armas reales, forrada por de dentro en cuero de ámbar, con funda de lo mesmo, cairelada y con alamares de seda verde y plata, y dentro cincuenta cordobanes, cien pares de guantes y cincuenta de faldriqueras, todo de ámbar: dos cajas cuadradas, cubiertas y forradas con cuero de ámbar, guarnecidas y cairela-das de seda verde y plata, la una llena de pastillas, y la otra de pebetes, que toda la caja valdria 6.000 ducados. En el del señor Infante, dos azafates grandes calados de plata, con cuarenta cordobanes y cincuenta pares de guantes, todo de ámbar, cubiertos con dos tafetanes verdes, labrado de seda de colores matizadas. En el del Conde de Olivares una ropa de levantar muy rica, encarnada, bordada toda de oro y plata, y guarnecidas con bordaduras y alamares de lo mesmo, forrada en lama prensada encarnada y plata. Una salvilla grande de oro, con encajes de cristal, grabadas las armas de Guzman, y un pomo de cristal, hechura de corazon, guarnecido de oro, y cajuela de pastillas de lo mesmo, y otra bandeja de plata sobredorada, de hechura muy extraordinaria y airosa, con una camisa, lienzo y guantes de ámbar, cubierto todo con sus tafetanes, como lo demas que se sigue. En el del Duque del Infantado, una ropa de tela de oro morada, forrada en colchado de ámbar, sacadas las labores del forro con oro, guarnecidas con pasamanos anchos y alamares tambien de oro, y una bandeja tambien de mucho primor de plata dorada, camisa, lienzo y guantes, cajuela y frasquillo de cristal, guarnecidos de oro. En el del Almirante de Castilla una ropa de tela encarnada, forrada en lama prensada del mesmo color, guarnecida con alamares de plata, y una bandeja dorada como las demas, pomillo y caja de cristal, lienzo y camisa. En el del Marqués del Carpio otra ropa, bandeja, y lo demas como se dió al Almirante. En el de D. Luis de Haro, y el Marqués de Castel-Rodrigo, de Orani, de Belmonte, Condes de Portalegre, el de Palma y el de la Puebla; en cada una una bandeja airosa, como las demas, de plata dorada, con camisa, dos pares de guantes, lienzo, cajuela de pastillas y pomillo de plata, dorado y esmaltado. En el de Garciperez de Araciel, D. Francisco Zapata, los secretarios Pedro de Contreras, Antonio de Loza, Francisco de Albiz, Juan de Insansti, cada uno camisa, lienzo y guantes de ámbar. Y habiendo entendido el número de gente que habia concurrido en el bosque (demas de los bastimentos que estaban de respeto para irlos cebando, y para que los de regalo se comiesen más frescos), se ordenó que con treinta acémilas se llevasen de Sanlúcar nuevos mantenimientos y regalos todos los dias que Su Majestad estuvo en el bosque. El sábado, como á las ocho de la mañana, dió á entender Su Majestad que gustaria de ver lidiar unos toros en el patio de las dichas casas; y en ménos de hora y media se hizo el toril, y se encerraron doce muy valientes : los nueve de ellos se lidiaron, hicieron muy buenas suertes, sin desgracia. Toreó á caballo D. Juan de Cárdenas, un truhan del Duque, de excelente humor, con tanta destreza y bizarría, que al toro más furioso dió una muy buena lanzada, entreteniendo de manera á Su Majestad en esta ocasion y en todas las demas, que se le llevó consigo á Madrid. Mató Su Majestad tres toros con el arcabuz, y el Duque tuvo prevenidos los mejores conocedores de Andalucía, que á caballo torearon en el patio, haciendo muy buenos lances, y despues derribaron en el campo algunos toros á vista de Su Majestad. Por la tarde fué á montear con el Marqués de Castel-Rodrigo y el Conde de Niebla, y los señores se entretuvieron en oir una comedia que representó la compañía de Tomás Fernandez y Amarilis (á quien el Duque tuvo por su cuenta en la ciudad de Sevilla desde el Miércoles de Ceniza, despues que se acabaron las representaciones, sólo para este efeto). Mató Su Majestad con el arcabuz un famoso jabalí y otro los perros, habiendo pasado el resto de la tarde en ver correr toros, de que vino muy entretenido.

Á la noche le representaron otra comedia, y por principio dijo de repente Atilano (un mozo de la facultad que el Duque tenía en su servicio) una loa en su alabanza, que por ser de versos tan concertados, hubo quien juzgase era prevenida, demas que para desengañar esta sospecha, discurrió luégo agudamente en las cosas que aquella tarde habian pasado á Su Majestad en las acciones que actualmente hacian los que le estaban oyendo. En esto, en la comedia y en oir á Cogollos, hombre de buen humor é ingenio, que entretiene al Duque, y con D. Juan de Cárdenas (risa del otro mundo), pasó el resto de la noche; y siendo hora de cenar, mandó el Conde de Niebla (que todo el dia habia asistido con Su Majestad) que se recogiese, enviándole cada vez más favorecido.

Domingo por la mañana no salió Su Majestad de las casas de Doñana, que en ellas se entretuvo con el Conde y los demas señores que le siguien. Por la tarde fué á la playa al sitio que llaman de la Barrosa, donde vido que echaban un lance los pescadores con las redes, y se entretuvo viendo las diferencias de pescados que mataron. Despues volvió á la Laguna de Santa Olalla, donde tenía el Duque prevenida una falúa y tres barquetas. La falúa, la popa dorada, proa y perfiles y remos verdes, forrada toda por de dentro en tabí del mismo color, y guarnecida con pasamanos y tachuelas doradas. Los que bogaban iban al uso de marineros, jaquetas y calzones anchos verdes; jubon, medias y ligas del mismo color. Aquí se embarcó Su Majestad, el Conde de Olivares y el Conde de Niebla, que la gobernaba, y dos ballesteros que cuidaban de las escopetas de Su Majestad y Alteza, y otros dos tiradores del Duque, quedando los demas con los monteros de á pié en las orillas de la Laguna levantando la caza, y todos los monteros de á caballo con lanzas á las espaldas della para descubrir y guardar la mar. En las demas barquetas se embarcaron algunos de aquellos señores y criados del Duque y de Su Majestad, que andando embarcado con la escopeta, mató mucha caza, y quedó tan aficionado á este ejercicio y á la Laguna, que diferentes veces repitió al Conde que no habia tenido en su vida mejor rato.

Habíales representado Tomás Fernandez á los de la Cámara aquella tarde una comedia, y por la noche hizo otra á Su Majestad, con que se recogió, y el Conde á su cuartel.

El lúnes no salió Su Majestad hasta la tarde, que fué al campo, yéndole acompañando uno de los gentiles hombres, y el Conde de Olivares y el Conde de Niebla, y fué hasta la dicha Laguna; y habiéndose entretenido en ella un rato en la forma que el dia pasado, se partió de allí á montear, y corriendo un ligero jabalí, le acosaron los monteros del Duque con los sabuesos, hasta echarle los lebreles; y hallándose cerca Su Majestad y D. Miguel Paez de la Cadena Ponce de Leon, se echó del caballo á tenerlo por las orejas, y Su Majestad con un cuchillo de monte lo mató, de que volvió muy gustoso y entretenido. La noche pasó como las demas, y el dia siguiente resolvió irse.

PEDRO ESPINOSA.

(*La conclusion en el número próximo.*)

QUINTILLAS

DE UN INGENIO DE TOLEDO (1).

Cierto Colegio perito
De Cazadores salió
Á despoblar el distrito,
Y en solo un dia mató
Cuatro mulas y un cabrito.
Las mulas desesperadas,
Se lamentan de infelices;
Pues las fortunas trocadas,
Son erradas las perdices,
Y así se ven desherradas.
Salió la mosquetería
Á la primer luz del alba,
Y con comun alegría,
En lugar de batería,
Todo se redujo á salva.
Á salvaguardia convida
Todo el ejército fuerte,
Á la caza combatida,
Y en cada tiro de muerte,
Le dan una fe de vida.
Alistando los cañones,
Á gana-pierde disparan
Pacíficas municiones,
Y las perdices se paran
Á hablar con los perdigones.
El más tímido conejo
Alegre atraviesa el prado,
Sin mirar por su pellejo,
Y no tiene más cuidado
Que no morirse de viejo.
La liebre más perezosa,
Cuando la cuadrilla junta
Con más conato la acosa,
Vuelto el hocico, pregunta
Si mandan alguna cosa.
Un cabrito saltador,
Como no entiende la treta
Vino á pagar su furor,
Sin saber que hay escopeta
Graduada de asador.
El cabritillo travieso,
Como en cólera le vió,
Procura ganar un tieso,
Y al punto que disparó,
Le pregunta : «¿Es á mí eso?»
Amargo como una hiel
El cazador le dispara
Segundo tiro cruel,
Y desta vez le matára,
Á no dar muy léjos dél.
Tercera vez, ¡suerte impía!
Se previene á darle, como

(1) Éste es el título que lleva esta bellísima sátira anónima, impresa en un papel suelto, al parecer en el siglo pasado.

Y él viendo tanta porfía,
Ya que no pudo del plomo,
Se murió de cortesía.
«Mirad si el tiro fué bobo»,
Dice de contento ciego,
El ínclito Castel-Novo;
De armas mi boca de fuego
La trueco en boca del lobo.
Dispare ya sin recelo
Cazador tan afamado;
Pues quien con poco desvelo
Mata un cabrito parado,
Bien matará un buey á el vuelo.

ANÓNIMO.

LA CETRERÍA

CONSERVADA ENTRE LOS ÁRABES.

(Véase la lámina de la página 17.)

La caza con halcon era el placer supremo de los caballeros en la Edad Media; era el ejercicio noble por excelencia, la ocupacion favorita de los Emperadores y de los Reyes; el bello ideal de magnates y de grandes señores, en unos tiempos que, por desgracia para la cetrería, sólo viven ya entre los recuerdos más brillantes de la historia.

Despues de escritas estas palabras, quizás parecerá un anacronismo que nos ocupemos de los halcones en una época en que el uso de las armas de fuego, tan rápidas como precisas, ha relegado ciertas costumbres al dominio de lo antiguo.

Hay siempre una correlacion que no se destruye en los hábitos y las aspiraciones de las razas.

Hoy, que todo se quiere hacer de prisa, todo, hasta la misma fortuna, se ha de cazar tambien con la mayor celeridad posible para armonizar la caza con el carácter especial del siglo en que vivimos.

El arte va desapareciendo bajo las huellas de la industria.

La cetrería debia morir con las ideas caballerescas que dieron esplendoroso realce á aquella caza tan artística, cuya descripcion se encuentra engarzada en nuestras leyendas y romances, como se encuentran incrustadas en oro ó en hierro las piedras preciosas que adornaron los cascos y las coronas de los ilustres guerreros de la antigüedad.

Parecerá un anacronismo, repetimos, pero no importa: queremos acometer la difícil empresa de resucitar una caza puesta en olvido en Europa, exceptuándose Inglaterra y Alemania, pero que áun se practica en Persia, y sobre todo en el norte de África; queremos encariñar á nuestros lectores con el halcon, con esa hermosa ave de rapiña tan notable, como dice Toussenel, por su nobleza, por su bravura, por su inteligencia y por el poderío de su vuelo; queremos hacerles gustar el sabor de esas peripecias indescriptibles que lleva consigo la *noble caza*, como la llamaban nuestros antepasados; aspiramos, por último, á que vuelva á tomar carta de naturaleza en la tierra clásica del valor y de la hidalguía, en el pueblo regido hoy por un Monarca tan intrépido como gallardo cazador, y donde existen ya diversas sociedades, núcleo de lo más distinguido que España encierra, consagradas todas á ese ejercicio alegre y vigoroso que tanto bien hace á el alma como á el cuerpo. *Mens sana in corpore sano.*

La cetrería se ha conocido y practicado en remotísimas edades; los francos y los galos eran tan apasionados de ella, que en la ley sálica se establecian grandes penas para los que se apoderasen de un halcon (*sparons*) amaestrado. El gusto por este sistema de caza fué creciendo de dia en dia; pero en la Edad Media llegó á su apogeo, siendo considerado como una verdadera ciencia y como un placer reservado exclusivamente á los reyes y á la nobleza. En la época de Carlo-Magno y de Felipe Augusto, el destino de halconero era un cargo real con fueros, privilegios y regalías de la Corona.

Despues de concluida la primera Cruzada fué tal el furor de los nobles por la cetrería, que hubo necesidad de prohibirles que llevasen halcones á la Tierra Santa, porque apénas terminada una batalla ó una escaramuza contra los infieles, ofrecian los campos de Palestina un espectáculo que no estaba muy en consonancia con las predicaciones del Ermitaño. Los plebeyos y hasta los abades no podian hacer uso de los halcones que adiestraban, y tanto se protegia á estas aves, que el hombre que se apoderaba de alguna por medio de lazo, recibia el horrendo castigo de dar seis onzas de su propia carne para que la comiese el animal aprisionado con tan malas artes.

En Alemania podian entrar en el templo los señores con el halcon en la mano, y uno de ellos tenía derecho de depositar el ave en un rincon del altar miéntras que se celebraba el Santo Sacrificio de la Misa.

Eduardo III de Inglaterra, en una de sus expediciones contra el Rey de Francia, llevaba treinta halconeros en su ejército, é hizo toda la campaña cazando y guerreando á la par, semejante en este apasionamiento á los caballeros que iban á la conquista de la divina Jerusalem. Tamerlan llegó á tener en Persia hasta veinte mil halconeros á su servicio. Los halcones en aquel país eran tan diestros, que cazaban reses mayores cayendo sobre ellas de improviso, y saltándoles los ojos á picotazos para entregarlas indefensas y rendidas en manos de los cazadores.

Juan el Bueno hizo escribir en Inglaterra, para completar la educacion de su hijo, un libro en verso sobre el arte de la cetrería, miéntras Federico II publicaba otro análogo en Alemania, y Enrique IV hacía grabar un halcon en el sello imperial de sus armas.

«Voy, dice Jacobo Augusto de Thon al comenzar el poema que escribió sobre cetrería en 1553, voy á cantar las proezas de los ejércitos aéreos, las guerras de los pájaros y las estratagemas y los combates de los volátiles que son en nuestro siglo el mayor divertimiento de los héroes.»

En Francia duró la cetrería hasta el reinado de Luis XIII, prolongándose un poco, aunque ya trabajosamente, en el reinado de Luis XIV. Esta caza, lo mismo allí que en España, se hacía siempre á caballo, y tomaban parte en ella las damas de más elevada alcurnia, llevando tras sí gran séquito de galanes y de servidores. Cumplidas amazonas por su donaire y gentileza, y llevando el halcon sobre el guante, ó sea la pihuela que las protegia de las garras afiladas de las aves, eran las primeras en lanzarlas al espacio y seguir en sus briosos corceles las peripecias del lance. Iban en pos los caballeros, los pajes, los donceles, los picadores y los perros atraillados, observando todos con mal contenido anhelo los giros de aquel punto negro perdido en la inmensidad de la altura, cuyas alas no se movian apénas, y que nadan en el aire, como decian los viejos halconeros en su pintoresco lenguaje. La presencia de las damas daba al acto un carácter de poesía que no se ha oscurecido á los autores de libros y romances caballerescos. Los cazadores, cumplidores fieles de las leyes de la galantería, se ocupaban sin reposo en el mejor servicio de las damas, cuidando los halcones, acariciando á los vencedores, poniendo los capirotes á los de refresco, excitando con sus gritos á los empeñados en la pelea, y contribuyendo á aumentar con sus exquisitas atenciones los deleites de la jornada.

La cetrería, ya casi agonizante, desapareció á fines del siglo último, envuelta, como otras tantas cosas, en el violento torbellino de la revolucion. Esto no quiere decir que haya muerto para siempre: los huracanes todo lo tronchan á su paso, pero luégo se levanta lo que nunca debió caer.

El halcon vive; para él no existe la ley del progreso; sus instintos no han cambiado; para nosotros será siempre el ave digna de la preferencia real que siempre le fué concedida, la más semejante al águila, y la dotada de un valor superior á su tamaño y hasta á sus mismas fuerzas. El halcon es franco en su acometida; se lanza sin rodeos y perpendicularmente sobre su víctima, y como cae á plomo y de tan gran altura, su ataque es siempre tan terrible como inesperado.

El próximo volúmen que publicará la *Biblioteca Venatoria* contendrá las obras especiales de cetrería del príncipe D. Juan Manuel y del Canciller Pero Lopez de Ayala, y en él verán los lectores que quieran los medios que deben emplearse para amaestrar á los halcones y educarlos en el ejercicio de la caza.

Hoy damos, como principio de nuestro propósito, un magnífico grabado que representa la caza con halcon bajo el cielo purísimo de África, en ese hermoso país, uno de los pocos que conservan los usos y las costumbres íntegras de sus antepasados. No hay paciencia ni perseverancia igual á la que emplea el árabe para enseñar á sus halcones. Comienza la caza en 1.º de Noviembre, concluyendo en fines de Marzo, y pasa el resto del año consagrado á la tarea de disponerse á su ejercicio favorito. Llega el instante supremo; las lluvias del otoño han hecho brotar la hierba en aquellos fértiles campos; ya las liebres han abandonado con harta imprudencia sus camas en las montañas; los caballos relinchan; los jinetes se estremecen de entusiasmo, y un vértigo se apodera de los ardientes hijos del profeta. El maestro halconero sale de su aduar para unirse á la cabalgata, á cuya cabeza va el jefe de la expedicion con su pájaro favorito en la mano. Otros caballeros llevan los halcones en la gualdrapa de la silla; otros en la cabeza, como adorno viviente de un improvisado casco.

Llegados al sitio de antemano elegido, los cazadores se escalonan silenciosamente á distancia de diez metros para batir de esta suerte una extension considerable de terreno. Hecho el círculo, le van estrechando sin ruido, registrando y sondeando las malezas con la vista perspicaz que distingue al beduino, hasta que uno de los jinetes da la señal de liebre. Un grito feroz de alegría sale de todas partes; botan los caballos; los halcones se agitan bajo sus capirotes, ansiosos de remontarse hasta las nubes, miéntras los cazadores forman cerco en derredor de la liebre, que al principio no se atreve á salir de su escondite. Por último, le abandona, y entónces los árabes desencapillan á dos halcones solamente, para que uno por la derecha y otro por la izquierda sigan los movimientos de su víctima. Los halcones se orientan desde una inmensa altura; baja uno primeramente para lanzarse sobre la presa; se apodera de ella rastreándola; la eleva á poca distancia, y la suelta en el aire; no ha tocado aún el suelo, cuando viene á su vez el otro halcon y repite lo mismo con ella, hasta que el animal, rendido á un ataque brusco incesante, sin tregua y sin piedad por parte de un enemigo que no conoce, y cuyas garras no puede evitar con la rapidez de su carrera, cae medio exánime en poder de los jinetes que siguen á galope las maniobras de los valientes halcones. Muchas veces abandonan éstos la liebre de repente y se refugian despavoridos en los blancos albornoces de sus señores. Es que han visto un águila que viene á disputarles la victoria; pero las certeras espingardas están allí para dar muerte ó dejar fuera de combate al intruso que se atreve á turbar con su presencia el placer de los cazadores. La caza concluye repartiendo á los halcones los despojos de las liebres que han muerto en la refriega, y dirigiendo á Alá fervientes plegarias para que al siguiente dia haga salir al llano con su infinita omnipotencia el mayor número de piezas que le sea posible.

¿Por qué no hemos de cazar con halcones en España? ¿Por qué ha de continuar relegado al abandono el arte de la cetrería en la patria de Alfonso XI y de Pedro I de Castilla?

¿Por qué D. Alfonso XII no ha de restaurar la caballeresca costumbre de sus antepasados, cuyo nombre lleva con tanta gloria y con tanta fortuna?

¿Por qué no hemos de reanudar con nuestros esfuerzos los rotos eslabones de una cadena que habia de unir hábitos hidalgos del pasado, con nuevos ejercicios de caza para el presente, y con nobles divertimientos para el porvenir?

C. T.

LAS MANADAS DE GAMOS DEL PARDO

Y DE RIOFRÍO.

(Véase la lámina de la página 21.)

Vedlos llegar. Sus almenados cuernos parecen fortalezas de una ciudad flotante que se agita entre la espesura: todas las ramas se tronchan á su paso: los pájaros huyen espantados del ruido; los insectos se esconden en sus guaridas inverosímiles; es una manada de gamos que acaba de aparecer á nuestra vista.

No son los gamos escuálidos de Francia, de Inglaterra ó de Alemania, ni los pequeños y vivarachos de Grecia, de los países levantinos, del Asia menor ó de la China, donde se crian con extraordinaria abundancia, como sucede en todos los climas templados: no, son los gamos

españoles, los más hermosos, los más fornidos, los más altos que se conocen de su especie.

Ya el jefe ó caudillo de la manada ha elegido el sitio en que hay unas plantas resinosas, como una mujer coqueta elige el más delicado de los perfumes; ya ha escogido para descansar de la caminata el pié del árbol más añoso, cuyas ramas sirven de dosel á tan agreste trono: tiene á su lado á la hembra favorita, y un rayo del sol de España calienta sus miembros entumecidos quizás por los vientos frios del Guadarrama ó por los que bajan de las nevadas cumbres de Navacerrada. Dos gamos van á la descubierta por un lado ayudados de su olfato exquisito; otro está de centinela en el puesto contrario; cualquiera diria que les amenaza un gran peligro. ¡Quién sabe!

Este animal, que es el *prox* de que habla Aristóteles, y el *platyceros* de Plinio, con sus cuernos aplastados, su leonada piel y su apetitosa carne, ha sido y será siempre el blanco de la persecucion del cazador, el trofeo más envidiable que éste puede ostentar á los ojos de sus compañeros de batida. El gamo, como el quinto de la fábula, vive de milagro. Su existencia es corta, pues rara vez excede de veinte años, pero el hombre se encarga de abreviarla por todos los medios posibles. Los gamos, que no lo ignoran, son tímidos y precavidos en alto grado; por eso hacen sus marchas en manadas, á veces numerosas, y al alto más ligero para comer la bellota, la castaña ó los tiernos brotes de que se alimentan, se destacan exploradores por todas partes, y miéntras comen los demas, ellos interrogan al viento, espian el horizonte, traducen los rumores y avisan instantáneamente lo que ocurre. Una vez dado el bramido de alerta,

Le daim léger bondit, vole et fend l'air,

como dice el poeta Delille; su ligereza y su elasticidad son tales, que sube como una flecha á las alturas más elevadas, salta empalizadas y atraviesa anchísimos fosos.

Así es que para cazar el gamo se necesita mucha precaucion, y sobre todo, mucha destreza; la rapidez de su carrera ha dado orígen á una frase que nadie ignora en nuestro país:

« Corre como un gamo»,

se dice, y ya no hay más allá; esta comparacion es el non plus ultra tratándose de la ligereza de piernas.

Para cazarlos, como á todos los demas animales de su porte, hay muchos y diversos modos, segun irémos describiendo cuando llegue el caso; y sobre todos están esas suntuosas monterías, con sus batidas de hombres y perros á pié y á caballo, verdaderas funciones de guerra.

Al sentirse el gamo herido por la bala del cazador, da un salto tremendo, nervioso, indescriptible, y cae al suelo para no levantarse jamas.

No hay especie que se aproxime más á otra que la del gamo á la del ciervo; sin embargo, estos animales, que en tantas cosas son parecidos, no se mezclan nunca, se repelen, se odian, y por consiguiente no forman ninguna raza intermedia. El gamo, que es ménos robusto y agreste que su antagonista, y que es muy fácil de domesticar, se convierte en una fiera al apercibirse á luchar con su eterno enemigo. Son los güelfos y los gibelinos de los bosques. Los combates duran horas enteras; despliegan tanta destreza en el uso de las cornamentas como puedan emplear dos maestros de esgrima que pugnan florete en mano por atravesar el pecho del adversario.

Los guardas de los montes han encontrado várias veces cadáveres de gamos y ciervos entrelazados aún por los cuernos, como para dar un testimonio de que era superior á la muerte el rencor que les habia inflamado en la pelea.

El gamo es feroz solamente en la época del celo; elige veinte ó treinta gamas de las que más le placen; camina siempre junto á su improvisado harem; apénas se detiene para tomar alimento, y si alguna hembra trata de abandonar la manada, el gamo furioso corre tras ella, la persigue, la hostiga, y si se resiste á volver al nido de los amores, le introduce en el cuerpo todas las puntas de sus cuernos y la mata en el acto. Es la infidelidad castigada con la pena de muerte sin demora, sin recurso, sin piedad y sin perdon; es una justicia tremenda que tiene tantos verdugos como afilados puñales hay en la cabeza del señor ofendido.

El ciervo es más compasivo en los afectos amorosos; su cabeza, más que armada, parece adornada de un espléndido ramaje que, como el de los árboles, todos los años se renueva. En los monumentos antiguos vemos su elegante y esbelta figura junto á la de Diana, diosa de la caza, á quien se inmolaban ciervos, como aseguran Homero y Ovidio, y la vemos tambien, aunque toscamente modelada, en las pequeñas monedas de Efeso.

« Tienes ménos entereza de corazon que un ciervo», dice Aquíles á Agamenon en el libro 1 de la Iliada, con lo cual se retrata la dulzura de carácter de ese petimetre de los bosques.

Se ha supuesto que el ciervo vivia centenares de años, porque Agatócles, rey de Siracusa, mató un ciervo que tenía casi adherido á la piel un collar donde se leia en caractéres griegos: *Diomedes á Diana*, y porque cazando Cárlos VI en el bosque de Seulis dió muerte á otro, tambien con un collar, cuyo letrero decia: *Hoc Cæsar me donavit*, por lo que aquel príncipe adoptó dos ciervos como soporte de su escudo de armas. Fábulas que la ignorancia ha venido renovando en los siglos y que destruyen las mismas leyes de la naturaleza.

Pero no es esto sólo, sino que el ciervo ha desempeñado un papel importante hasta en las leyendas piadosas de los primeros siglos del cristianismo. Creíasele dotado de una virtud profética, enseñando á los neófitos el camino de las catacumbas. David lo consagró en sus salmos, y los superticiosos de otras edades le veneraban porque perseguia á las serpientes, imágen viva del mal sobre la tierra. En los bajos relieves de muchos templos vemos al ciervo perseguido por el centauro, que representa el ángel de las tinieblas; la alegoría es muy clara; en ella se simboliza la lucha del error contra la verdad.

Al empezar la primavera, suelta el ciervo los cuernos, que se desprenden, ó por sí mismos, ó por un esfuerzo que hace el animal enganchándolos en alguna rama. Luego que los pierde busca los mejores sitios, los matorrales frescos y los sotos nuevos, donde permanece todo el verano, caminando con la cabeza muy baja para no tropezar en las ramas; pero una vez fortalecida la nueva cornamenta, la frota contra la corteza de los árbolos, despojándola así de la piel de que está revestida. Los árboles marcados de esta manera sirven en los bosques de indicio á los venadores para la direccion de las batidas.

Una vez renovados y bruñidos los cuernos, comienza para los ciervos el período del amor. A principios de Setiembre vuelven á los bosques, asordan el aire con sus bramidos, revuélvense con inquietud en busca de las hembras, atravesando el llano y la campiña sin ningun temor en la mitad del dia; combaten unos con otros por el logro de su deseo; á veces se hieren mortalmente, hasta que al cabo de tres semanas, rendidos y macilentos, se retiran á las selvas más cultivadas en busca de reposo y de un pasto abundante que restaure sus perdidas fuerzas.

De todos los géneros de caza que en Europa se practican, ninguno tiene tanta importancia como la del ciervo, por los placeres que procura y por los conocimientos que exige. Tiene ademas un caráter especial de grandeza que se desprende de su misma forma, y hasta los pasajes de la historia en que hemos leido que el ciervo ocupó siempre los momentos de descanso de los héroes, revelan tanta opulencia esos lujosos trenes de hidalgos, de caballeros, de monteros y de ojeadores; hay tanta solemnidad en el eco de las trompas de caza y en el ruido que hacen al pasar las traíllas de los perros, impacientes por lanzarse sobre su presa; deslumbra tanto la brillantez de los uniformes, nunca tan vistosos ni pintorescos como contemplados en la majestad de la selva sombría ó junto á los árboles del espeso bosque que sirve de marco á tan varonil escena, que al sentir el rumor de una batida y presenciar el paso de la cabalgata, se busca instintivamente al soberano, al magnate ó al gran señor que ha dispuesto y dirige aquella fiesta para descansar de las fatigas de su córte, respirando el aire puro de la hermosa campiña.

El ciervo tiene el privilegio de rodear su muerte de una pompa que no se tributa á ningun otro animal de la creacion. Si ántes le llamamos el petimetre, ahora añadirémos que es el aristócrata de los bosques. Los demas seres, así de pluma como de pelo, mueren de una manera más ó ménos plebeya, pero el ciervo no. El ciervo recibe siempre córte de gala en su espléndida morada; emplea astucias sin cuento para rendir á los que contra su voluntad le visitan; se hace rey y dueño absoluto de numerosa y brillante comitiva; da orígen con su caprichosa marcha ó su desatentada carrera á multitud de maniobras, hasta que al fin, herido por una bala, preso en una emboscada al acecho, acosado por la fiereza de los perros ó encerrado en el círculo de la tela y de la contratela que hace imposible su salvacion y su fuga, cae moribundo, exánime, pero defendiéndose todavía con sus patas y con las puntas de sus cuernos.

¡Desgraciado del perro á quien alcance en su agonía!

Las heridas de un jabalí pueden curarse, pero las de un ciervo próximo á morir, esas no se curan jamas.

Algunos escritores y poetas para quienes lo patético es lo único infalible en el arte, han hecho sobre la caza del ciervo unas elegías capaces de desgarrar el corazon de una estátua de mármol, suponiendo entre otras cosas que el animal mira tristemente al hombre que le arrebata la existencia, vertiendo luégo grandes lágrimas, como hermosas perlas. Error profundo que conviene desvanecer.

Lo que el ciervo mira cuando está caido es el mayor número de perros que puede ensartar en sus mortíferos cuernos para trasladarlos á las regiones de lo desconocido; lo que se cree lagrimal no es más que una hendidura que tiene bajo los ojos, y sus dolientes lágrimas las gotas de sudor con que el afan de la lucha ha inundado su hermosísima cabeza.

La caza por medio de lazo está muy admitida en Alemania, y consiste en una valla de red dispuesta en círculo con estaquillas, donde colocan espantajos para asustar á los ciervos. Acorralados éstos, caen allí á los tiros de los cazadores, que en el mismo sitio y elegantemente vestidos, celebran un espléndido banquete para solemnizar la jornada.

Llenos están de recuerdos de maravillosas cacerías los bosques del Pardo y de Riofrío, testigos de la magnificencia de las córtes de Cárlos I, de Felipe III y de Felipe IV, tan apasionado cazador como amante de las artes y de las letras. Ellos fueron casi la residencia habitual de Cárlos III, infatigable cazador tambien, que compartia su placer favorito con la tarea de dispensar el bien á sus reconocidos súbditos. Más de un enlace régio se ha solemnizado en aquellos agrestes y pintorescos lugares, persiguiendo sin tregua á sus selváticos habitantes; y sería de desear que ahora con motivo del casamiento de S. M. se renováran las costumbres tradicionales de sus antepasados, celebrándose en uno de esos bosques una cacería Real, pero con toda la augusta magnificencia y toda la espléndida grandeza que el caso demanda, y de que hay tan grandes ejemplos en nuestra historia.

T. C.

LA PESCA BAJO EL HIELO.

(Véase la lámina de la página 24.)

De todas las variadísimas formas que presenta la pesca, de seguro no se podrá encontrar una que ofrezca resultados más pingües que la pesca bajo el hielo.

La razon es obvia, como van á ver nuestros lectores.

Durante los frios meses del invierno, el hielo aprisiona las aguas en los estanques, y hasta las mismas corrientes las congela; los pescados, que, como es sabido, viven en este elemento miéntras es movible, experimentan una perturbacion extremada, no como temperatura, pues nadie ignora que el agua á 4° siendo más *pesada* que á toda otra temperatura cae al fondo, miéntras que la más fria, la más *ligera*, sube á la superficie, en la que acaba por congelarse.

Por consecuencia, los pescados no viven nunca en una temperatura más baja de 4°, cosa que no tiene nada de excesivo para su delicada complexion.

De modo que la perturbacion que experimentan sólo puede provenir de la falta de aire respirable, y más que todo, de la perniciosa influencia del gas que se exhala del fondo.

En los estanques esta acumulacion de gases sulfurados, insalubres é irrespirables en su mayor parte, llega á un extremo tal, que si no se procurase romper el hielo en

LAS MANADAS DE GAMOS DEL PARDO Y DE RIOFRÍO.

BIBLIOTECA NACIONAL

muchos sitios, el pescado moriria asfixiado ó envenenado. Esta precaucion está tan generalizada en todos los países, que apénas se hallará un cultivador de pescado que la ignore y no la emplee por su economía y comodidad.

Dejada escapar el agua por el rompimiento del hielo, ya éste, no pudiéndose sostener por sus extremidades, se dobla y se hace pedazos, liquidándose por último.

Es incontestable, ademas, que hasta en los rios y corrientes de agua el aire tiene escaso acceso en el líquido elemento, cuando éste se encuentra recubierto de 0m,10, 0m,20, 0m,30 de hielo compacto, y que el pescado consume con la mayor rapidez el aire disuelto normalmente en el agua que ha permanecido líquida, y que sufre mucho entónces, como si, por ejemplo, nos encontráramos encerrados en un cofre.

Pero áun hay más. Es no ménos evidente que miéntras dura la prision de hielo, todo alimento accidental está detenido y no puede llegar ni ser arrastrado por el agua, inmóvil y compacta. A mayor abundamiento, como el hielo no se efectúa en el corazon del estío, en que la naturaleza presenta todas sus galas y frutos, como es preciso para que se efectue un descenso considerable de temperatura para solidificar los rios, de todo esto se sigue que la alimentacion animal está suspendida, que los insectos hayan muerto, que los vegetales estén helados ó quizás hayan desaparecido, y que el pescado sufra, es decir, tenga hambre.

Ahora bien, ¿qué cosa más natural que entónces se dirija en tropel hácia las aberturas que el hombre abre en el techo de su prision?

Esto es precisamente lo que sucede. Así es que ya presente la caña ante el pescado hambriento por un largo ayuno, ya se sirva de la red más sencilla ante animales medio asfixiados, el pescador, por bisoño que sea, no podrá ménos de recoger una abundante cosecha.

¿Puede el pescador escoger?

No. No puede hacerlo. Ninguno de los procedimientos que se tratase de emplear lo permitiria. De manera que el pescador cogerá el pequeño, más de éstos que de los grandes, porque forzosamente el pescado pequeño ha padecido más que el grande.

Mirad á nuestros dos jóvenes pescadores de la preciosa lámina que presentamos en este número cuán contentos se manifiestan por su fecunda pesca. Miradles con qué atencion siguen los movimientos del pescado que uno de ellos ha sacado del agua, y que forcejea con las convulsiones de la agonía que le produce, no tanto la glacial temperatura que le rodea, como el anzuelo que en su avidez ha tragado, y que no saldrá de su garganta sino con la vida.

Nos hallamos en las regiones frias del Norte á la orilla de esos rios de riberas llanas y unidas; la helada ha sido extremada y dura, las barcas que se divisan en lontananza permanecen inmóviles y encadenadas por el hielo que las aprisiona entre sus garras bajo un cielo de plomo.

Los ánades salvajes, espantados, hambrientos por la nieve que cubre la tierra y el hielo que los priva del agua, vuelan en anchos giros tortuososos en busca de algunos arroyos templados en que poder encontrar su comida, porque la concurrencia será grande y el cazador no permanecerá en su casa ocioso.

Mirad la espesura de la nieve, cómo el mayor de los dos hermanos ha hecho un agujero en el hielo, y cómo los pescados hambrientos se empujan unos á otros en la abertura asaltando el cebo, cubriendo despues el suelo petrificado, en que el más pequeño no se atreve á recogerlos: tanto frio tiene.

Inmóvil, replegado, encerrado, si se nos permite la palabra, en sí mismo, contempladle medio envuelto en esos trapos y restos de vestido sin nombre, que se encuentran en el campo, sobrecogido y como temiendo dejar escapar algun poco del calor que con tanto cuidado conserva.

¡Anda véte, pequeñuelo! Véte allá, allá bajo la chimenea que áun arroja algunas bocanadas de humo por su boca ennegrecida; deja á tu hermano mayor que continúe su pesca fructuosa.

Anda, no tardes y calienta en el hogar tus manos entumecidas, desnudas y encarnadas: no pienses en tu cesta vacía; tu compañero tendrá cuidado de llenar la suya.

V. C.

LA LIEBRE NEGRA.

CUENTO FANTÁSTICO.

Al poeta Antonio Trueba dedica esta tradicion vizcaina su amigo *Escrich*.

En el Orrio, merindad de Durango, en Vizcaya, habia un cura, gran aficionado á la caza; teníasele en aquellos contornos por el primer tirador, fama justamente alcanzada y que él procuraba conservar como el más glorioso de sus timbres.

Decian malas lenguas (pues nunca faltan) que el cura era más devoto de la escopeta que de los Evangelios, y que más que piadoso pastor de aquel reducido rebaño de fieles, podia tenérsele por un cazador de oficio, que en los ratos perdidos oficiaba la misa, bendecia á los muertos, bautizaba á los recien nacidos y leia la epístola de San Pablo á los enamorados.

Pero nuestro presbítero era un filósofo un tanto despreocupado, y otro cuanto amigo de satisfacer sus gustos, sin importarle un comino las murmuraciones del hormiguero humano que le rodeaba.

Todas las mañanas decia la misa de alba con la rápida ligereza del que desea terminar pronto. Su ama le esperaba á la puerta de la sacristía con el morral y la escopeta, cambiaba la sotana por un chaqueton de paño burdo, el bonete por un hongo, y soltando un silbido poco evangélico, acudia un hermoso galgo de su propiedad, y salia alegre y feliz encaminándose á los cercanos bosques, hambriento de matar.

Un dia le arrancó por delante una liebre grande como un podenco y negra como un cuervo.

El cura, asombrado ante aquel hermoso animal, lanzó un grito para detenerle en la carrera, y disparó su escopeta. La liebre, que habia salido incólume de los plomos, siguió corriendo, y el galgo detras de ella *latiendo*, sin poderle dar alcance en una hora que duró la persecucion, hasta que cayó rendido por la fatiga, mirando á su amo con tristes ojos.

Mordióse el presbítero las manos, se dió un par de cachetes, se llamó torpe, tiró al suelo la escopeta, dió un puntapié injusto al perro, y regresó á su casa mohino y cejijunto.

Al dia siguiente salió del pueblo con la esperanza, que nunca abandona al buen aficionado, de encontrar la liebre, y efectivamente, en el mismo sitio saltó el hermoso herbívoro. El cura se afianzó bien la escopeta, afinó la puntería, *llenóse el ojo de carne* y disparó; pero, ¡oh asombro incomprensible!..... al disiparse el humo vió que la liebre continuaba corriendo y el galgo detras sin poder alcanzarla con sus dentelladas.

Esto era absurdo tratándose de un tirador tan famoso. El cura se puso lívido, desencajado; los ojos saltaban de sus órbitas, su boca despedia espuma de rabia, y levantando las manos al cielo en són de amenaza, exclamó con acento balbuciente por la ira:

—Juro por la corona que llevo en la cabeza, que he de matar esa pícara liebre, aunque tenga que tirarle sobre el altar mayor y dejarme el sagrado cáliz estando oficiando el Santo Sacrificio de la Misa.

Apénas habia pronunciado este sacrílego juramento, oyó una espantosa carcajada, cuyo eco fué repitiéndose de barranco en barranco, perdiéndose, al fin, como un gemido entre las quebraduras de las rocas y las movibles ramas de los árboles.

El cura sintió que su frente se inundaba de sudor, que temblaba su cuerpo y se le erizaban los cabellos; pero haciendo un esfuerzo, fingió un movimiento de indiferencia con los hombros y regresó á su casa.

Nada dijo ni habló con nadie; la liebre le tenía preocupado, y es fama que aquella noche al cerrar los ojos al sueño, vió la liebre parada á los piés de su cama, que puesta de *bolo* le miraba sonriéndose, y lo que es más, abrió tres veces la boca para decirle, con un acento que nada tenía de humano: ¡Sacrílego!.... ¡Sacrílego!.... ¡Sacrílego!.....

El cura despertó aterrado; comenzaba á clarear el dia, y encaminóse hácia la iglesia, mandando al sacristan que tocase á misa.

Comenzó el Santo Sacrificio; era domingo y la iglesia estaba llena de fieles. Despues de haber recibido con la Sagrada Hostia el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y cuando se disponia á levantar el cáliz para decir: *¿Quid retribuam Domino pro omnibus quæ retribuit mihi?*, el monaguillo le dijo en voz baja:

—Padre, el ama está en la sacristía, y *dice* que *le diga* á V. que delante de la puerta de su casa se halla parada una hermosa liebre negra.

El cura se estremeció al oir estas palabras, dejó sobre el altar el santo cáliz que iba á llevarse á los labios, y con gran asombro de sus feligreses, salió corriendo del templo y llegó á su casa. Efectivamente, allí estaba la liebre puesta de *bolo* sobre una piedra, miéntras que el galgo, aullando y saltando en derredor de ella como un espíritu malo, no se atrevia á cogerla.

El cura exhaló un grito de gozo, cogió la escopeta y disparó sobre la liebre casi á boca de jarro.

La liebre dió tres saltos y fué á colocarse á cien pasos de distancia. El perro siguió á la liebre, y el cura, soltando una blasfemia, cargó lleno de rabia la escopeta.

Al apuntarla por segunda vez observó que la liebre habia crecido un doble, como si la hubieran hinchado, y que los ojos le brillaban lo mismo que dos ascuas de fuego.

Disparó, y la libre, de tres saltos, fué á colocarse á la entrada del bosque; pero el cura vió con espanto que el infernal mamífero roedor aumentaba de un modo enorme, apareciendo á sus ojos del tamaño de un jabalí.

Entónces un temblor convulso se apoderó del cuerpo del sacerdote; le zumbaron los oidos, latieron sus sienes de un modo violento como si fuera á estallar su cráneo, y un copioso sudor inundó su rostro.

El horrible animal parecia reirse de él, y puesto de *bolo* junto á un chaparro, le miraba con ojos llameantes.

El cura hizo un esfuerzo violento como para recobrar su serenidad, cargó la escopeta, murmuró en voz baja algunas palabras ininteligibles, y volvió á disparar sobre la liebre, que, como siempre, salió ilesa de los mortíferos plomos, y dando saltos fué á colocarse á cien metros más léjos.

El cura levantó los ojos al cielo pronunciando una blasfemia. El vértigo comenzaba á apoderarse de él.

—He de matarte—dijo—aunque para conseguirlo me vea precisado á perseguirte hasta el centro del infierno.

Un trueno espantoso resonó en el éter. Negras y espesas nubes encapotaron el cielo. El huracan desencadenado extendió sus aterradores mugidos por los barrancos, y las ramas de las robustas encinas se doblaron ante su empuje hasta rasgarse.

El perro, miéntras tanto, desobedeciendo los mandatos de su amo, que le instaba para que se lanzára sobre la liebre, con el espinazo arqueado, el rabo caido, el pelo erizado y buscando un refugio á los piés de su amo, lanzaba tristes y prolongados gemidos que repetian tétricamente mil ecos del bosque.

El cuadro era aterrador con la realidad de una espantosa pesadilla. La tierra, los árboles, el cielo, todo se estremecia; sólo la liebre estaba impasible como una roca en medio de aquel desconcierto general.

Convencido el cazador de que aquella liebre era invulnerable á los plomos de la escopeta, arrojó léjos de sí el arma de fuego, armó su diestra de un cuchillo y avanzó receloso, despreciando el ronco fragor de los truenos, el tétrico silbido del huracan y los tristes aullidos de su perro.

La liebre no se movia; una esperanza brotó en el alma del cazador; llegar hasta ella y herirla con mano vigorosa.

Su amor propio de cazador estaba empeñado de un modo tenaz en matar la liebre; hubiera dado su vida por salir triunfante en aquella empresa.

Siguió avanzando, y aunque la liebre no se movia del sitio, él no llegaba nunca.

El perro, redoblando sus siniestros aullidos, se interponia entre el animal y su amo; el trueno era cada vez más espantoso, y el soplo devastador del huracan arrancaba las jaras y los chaparros del monte, despidiéndolos á fabulosa altura.

Por fin llegó el cazador donde se hallaba la liebre. Lanzó un grito de gozo, la cogió con la mano izquierda por una oreja, y levantando la derecha armada del cuchillo, descargó un terrible golpe.

La hoja del cuchillo resbaló, sin herir, por el lomo de

la liebre; pero de cada uno de sus pelos brotó una chispa de luz siniestra, que inundó de tétricos resplandores el bosque.

Entónces sucedió una cosa extraña, aterradora. La liebre fué creciendo... creciendo... hasta adquirir el tamaño de un elefante; sus brazos se convirtieron en dos enormes alas, y de sus ojos brotaron dos chorros de fuego que incendiaron instantáneamente el bosque.

El cazador quedó aterrado. Un temblor convulsivo agitó su cuerpo; el pánico se apoderó de su alma, y agarróse desesperadamente á las orejas de la liebre para no caerse.

La liebre extendió las alas y se elevó rápidamente sobre aquel mar de fuego que la rodeaba, llevando al cazador sacrílego á caballo sobre su cuello, y al perro de pié y aullando sobre sus lomos.

El cura entónces cerrando los ojos invocó el santo nombre de Dios, y en medio del espantoso concierto de aquella naturaleza desencajada por el soplo del averno, oyóse una voz que decia: ¡Ya es tarde!

La liebre, el cazador y el perro desaparecieron en medio de los remolinos de fuego, con la rapidez vertiginosa del terrible huracan.

Poco despues la desquiciada naturaleza fué recobrando su armonía poética; las nubes se disiparon, el huracan se durmió en las concavidades de las rocas; el sol hermoso y brillante apareció en el azulado cielo; la atmósfera, pura y trasparente, derramó por el espacio el perfume religioso de los campos, y los pájaros, desde las verdes y movibles tiendas que les ofrecen los árboles, entonaron himnos de amor al Padre de lo creado.

Miéntras tanto, los sencillos moradores del Orrio buscaban por todas partes con creciente afan al párroco y á su perro; pero ¡ay! todo fué inútil, sólo se encontraron en el bosque la escopeta, el cuchillo de monte y el sombrero, y cansados de recorrer inútilmente aquellas cercanías, regresaron al pueblo, y arrodillándose al pié del altar pidieron á Dios con fervoroso labio que les devolviera su pastor.

Pasó un dia, una semana, un mes, un año. El cura no volvió jamas; pero es fama que todas las noches, á las doce, aquellos sencillos vizcaínos oyen aullar un perro á la entrada del bosque, y haciendo la señal de la cruz sobre la frente, se dicen en voz baja:

— Es el galgo blanco del señor cura que se perdió y que áun persigue en el bosque á la liebre negra.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

EL CAZADOR PROVINCIANO.

Ya que en España somos tan dados (ó al ménos nos tienen tan acostumbrados) á la reglamentacion; ya que todo lo recibimos y áun esperamos del poder central; ya que vemos tambien no pasa un año, un mes, acaso un dia sin que no se publique nueva disposicion gubernamental que modifique, altere ó destruya el espíritu y letra de la regla general, y ya, por fin, comprendiendo que la ley es el primer punto de partida, en los tiempos actuales, de todo cazador y pescador de buena fe, voy á permitirme, al tropezar con el Real decreto de 10 de Agosto de 1876, preguntar á los señores redactores de LA ILUSTRACION VENATORIA:

¿Toda licencia de clase superior releva de las inferiores, ó se necesita obtener cada una de ellas para cada caso?

¿La licencia de 6.ª clase se entiende tambien para pescar con caña y anzuelo, ó no hace falta ninguna para esta diversion especial?

¿Necesitan licencia de 5.ª clase los cazadores de galgos?

Yendo dos ó mas individuos á cazar con galgos, ¿será suficiente que uno solo esté provisto de licencia, ó la necesita cada uno de ellos?

¿Puede un individuo solicitar para sí en una sola instancia dos ó más clases de licencias?

¿Para la renovacion de toda licencia, debe solicitarse de nuevo y remitirse como la primera vez á informe del Alcalde y Guardia civil, ó bastará presentarse el interesado con la tarjeta caducada y otra en blanco para que se la llenen?

Damos principio por las anteriores preguntas á la serie de artículos que hemos prometido publicar, para fijar de una vez el criterio que debe seguirse en esta parte; pues sabemos de alguna provincia de España donde se aplica de distinta manera el mencionado Real decreto, y desearíamos que, al ver las contestaciones ilustradas que se solicitan, se atemperasen á ellas los encargados de su cumplimiento; de lo contrario, tendrémos la satisfaccion de darlos á conocer á nuestros queridos lectores de LA ILUSTRACION VENATORIA.

Y como deseo que mis escritos sean breves y sustanciosos, dejo para otro dia el examinar dicho Real decreto bajo los dos aspectos que yo le considero: como ley de caza y pesca y como tributacion, por más que éste sea su principal objeto.

ARTURO POSMER.

Hemos recibido de un cazador de provincia el precedente artículo, á que damos cabida en nuestro periódico con muchísimo gusto, porque responde á la oferta que hicimos en el prospecto á todos nuestros compañeros de caza, cuando les dijimos que considerasen como suyo nuestro periódico, ya para describir sus montes y cazaderos, ya para relatar sus cacerías notables, ya para contar sus lances raros y curiosos, ya para notificar el estado de la caza en cada estacion, ya para pintarnos las proezas de sus perros y de sus reclamos, ya para narrarnos sus anécdotas peregrinas; en fin, para todo lo que pueda ser agradablemente contado ó útilmente discutido, en una aficion en que hay tantos puntos que debatir y tantas escenas que relatar con aprovechamiento y deleite.

Para que pueda discutirse con perfecto conocimiento esta materia, publicarémos en el número próximo el Real decreto y la Circular sobre licencias de uso de armas, de caza y de pesca, reservándonos nuestra opinion, como lo harémos siempre por justa cortesía, hasta que la cuestion esté bastante ilustrada por todos aquellos de nuestros compañeros que quieran tomar parte en el debate.

De nuevo los exhortamos á que nos favorezcan con sus escritos, ora descriptivos, ora prácticos, ora teóricos, sobre estas cuestiones y sobre cuantas quieran ventilar, prometiéndonos mucho de las relaciones pintorescas y de los complidos corteses, que como nadie saben hacer con grandísimo interes para el lector los buenos cazadores.

A. T.

COCINA VENATORIA Y PISCATORIA.

PERDIZ Á LO TIO LÚCAS.

¿De dónde viene este nombre? ¿Quién es este tio Lúcas que ha pasado á la posteridad, no en alas de la fama, sino en alas de una perdiz? Nadie puede afirmarlo: lo único que se sabe es que las perdices aderezadas de este modo constituyen un guisado tan exquisito como complicado en su ejecucion.

Lo primero que se necesita ademas de la perdiz es un trozo de carne de ternera, tocino y sesos para mecharlo todo junto con setas, trufas, perejil, cebolletas, miga de pan, sal, pimienta y dos huevos batidos para trabar bien esta especie de relleno. Una vez hecho se coloca en una tartera grande cubierta de lonjas de tocino, dejando un hueco en el centro para poner la perdiz; se tapa todo bien y se deja á fuego lento. En cuanto trascurra una hora se mete en el horno hasta que se dore bien el relleno que cubre al ave. En seguida se la despoja de la grasa y se sirve al momento despues de ponerla unas gotas de limon.

Es un plato excelente y digno por todos conceptos de perpetuar la memoria del tio Lúcas, que sería probablemente el inventor del procedimiento.

FAISAN ASADO.

El faisan, como es sabido, no está sabroso para comer sino despues de nueve dias, á lo ménos, de suspension por la cola ó las patas, en un sitio ventilado.

Hay muchos gastrónomos que no comen faisan sino cuando ha perdido ese olor de la descomposicion llamado *faisandée*. En una palabra, no desplumadle sino en el momento de tenerle que poner en el asador.

Entónces se tiene cuidado de conservar la cola cortándola, del mismo modo que la cabeza y el cuello con sus plumas bien alisadas, para adornar el asado en el momento de presentarlo en la mesa.

Limpio el faisan y pasado por cima de una luz de espíritu de vino, á fin de quemar todo lo que puede quedar de pluma, se le ata con un bramante de modo que quede bien bombeado el pecho y las patas muy juntas la una contra la otra.

Tampoco es necesario picarle ó mecharle, pues éste es un lujo que, segun los aficionados, no sirve para otra cosa que para que el jugo del pájaro se evapore al fuego; pero es preciso cubrirle con una ancha banda de tocino á medio salar, y pasarlo con el asador desde la rabadilla al cuello.

Si se hace asar el faisan en carbon vegetal, el carbon debe estar muy encendido. La pieza se la vuelve poco á poco y se riega de manteca fresca durante su coccion. Media hora basta para que el faisan esté á punto.

ANGUILA Á MI GUSTO.

En una excursion que hicimos al extrangero durante el verano último nos regalaron una anguila magnífica, de plateada piel, medio viva todavía y de un tamaño extraordinario.

Eramos una partida de cazadores y estábamos discutiendo sobre cuál sería la manera más sabrosa de guisar el pez, cuando pidió la palabra el más elegante y atildado de todos.

— Si ustedes lo permiten, nos dijo, voy á arreglar la anguila en un guisado que se llama *á mi gusto*.

— ¿Y por qué se llama así?

— Porque no hay nadie que al primer bocado no exclame en seguida: esta anguila está *á mi gusto*.

— Vamos á verlo.

El caballero echó vino blanco en una cazuela y la puso al fuego echándole sal, pimienta, especias, laurel, pedazos de cebolla, zanahorias y tomillo; luégo hizo trozos la anguila, y con aquella salsa la dejó cocer á fuego muy vivo. Concluida la coccion, retiró la anguila, y cuando estaba fria la rebozó con yema de huevo, nuez moscada y un poco de aguardiente. Echó á freir los pedazos, y fritos de esta manera nos fueron servidos en la mesa.

¡Magnífico! dijimos todos; esta anguila está á *nuestro gusto*.

GACETILLAS.

TIRO DE PICHON DE MADRID.— *Tirada del dia 15 de Enero.*

Se verificaron 12 piñas:

1.ª á 26 metros; 3 pichones, 3 tiradores:
Sr. D. Fernando Soriano: 011-01. Ganó.
Sr. Marqués de Casa Ramos: 101-00.

2.ª Lo mismo que la anterior:
Sr. D. Fernando Soriano: 2 de 3. Ganó.

3.ª á 26 metros; 5 pichones, 3 tiradores.
Sr. Conde de Gomar: 00111-1. Ganó.
Sr. D. Fernando Soriano: 00111-0.

4.ª á 26 metros; 10 pichones, 2 tiradores:
Sr. Conde de Gomar: 1111111101. Ganó.
Sr. D. Fernando Soriano: 1111001110.

5.ª á 26 metros; 3 pichones, 4 tiradores:
Sr. Marqués de Casa Ramos: 2 de 3. Ganó.

6.ª á 26 metros; 1 pichon, 4 tiradores:
Sr. Conde de Gomar: 1-1. Ganó.
Sr. Marqués de Casa Ramos: 1-0.
Sr. D. Antonio Soriano: 1-0.

7.ª 5 pichones, 2 tiradores:
Sr. Conde de Gomar: 11000-1. Ganó.
Sr. Marqués de Casa Ramos. 10001-0.

8.ª á 26 metros; 3 pichones, 3 tiradores:
Sr. D. Alberto Carton: 3 de 3. Ganó.

9.ª carambolas á 22 metros; 4 tiradores:
Sr. D. Alberto Carton: 00-00-11. Ganó.
Sr. D. Fernando Soriano: 10-10-10.
Sr. Conde de Gomar: 01-00-10.

10.ª á 26 metros; 5 pichones, 2 tiradores:
Sr. Conde de Gomar: 00101-1. Ganó.
Sr. D. Alberto Carton: 11000-0.

11.ª á 26 metros; 2 pichones, 2 tiradores:
Sr. Conde de Gomar: 1 de 2. Ganó.

12.ª á 26 metros; 1 pichon, 2 tiradores:
Sr. Conde de Gomar: 1 de 1. Ganó.

Tirada ordinaria del dia 18 de Enero.

Se tiraron cinco piñas:

1.ª á 26 metros; 5 pichones, 2 tiradores:

Sr. Conde de Gomar: 01110. Ganó.
Sr. D. Eduardo Anspach: 10001.
2.ª á 26 metros; 5 pichones, 5 tiradores:
Sr. D. José Pereira: 11100-11111. Ganó.
Sr. Marqués de Camposagrado: 10011-11110.
3.ª Lo mismo que la anterior:
Sr. D. José Pereira: 3 de 4. Ganó.
4.ª Lo mismo que las anteriores:
Sr. D. José Pereira: 4 de 4. Ganó.
5.ª á 26 metros; 1 pichon, 4 tiradores:
Sr. D. José Pereira: 1-10011. Ganó.
Sr. Marqués de Camposagrado: 1-10010.

Tomaron tambien parte en estas piñas, el Sr. Duque de Tamames y el Sr. D. Cárlos Quirós.

Tirada del dia 22 de Enero.

Se verificaron 4 piñas:

1.ª á 26 metros; 5 pichones, 4 tiradores:
Sr. D. Alberto Carton: 4 de 5. Ganó.
2.ª á 26 metros; 3 pichones, 4 tiradores:
Sr. D. José Argaiz: 111-1. Ganó.
Sr. D. Alberto Carton: 111-0.
3.ª á 26 metros; 5 pichones, 4 tiradores:
Sr. D. Eduardo Anspach: 5 de 5. Ganó,
4.ª á 26 metros; 10 pichones, 3 tiradores:
Sr. D. Eduardo Anspach: 1 11101101-11111111. Ganó.
Sr. D. Alberto Carton: 10 11111011-11111110.
Sr. Marqués de Croix: 00 111101.

*
* *

El General Milans.—Con el más profundo dolor anunciamos la muerte repentina, ocurrida el dia 20, de nuestro querido compañero el general D. Lorenzo Milans del Bosch, uno de los cazadores más afamados, cuando se ocupaba en trazar el primer artículo que pensaba publicar en La Ilustracion Venatoria. Que la tierra le sea leve.

*
* *

Más sobre Víctor Manuel.—Aun cuando en el último número de La Ilustracion Venatoria hemos dedicado un recuerdo con la pluma y con el buril al que fué Rey de Italia, hoy queremos decir algo más de aquel hijo verdadero de las montañas, que adoraba con pasion, no la caza aparatosa seguida de brillante cortejo, sino la caza rústica, la solitaria, la más agreste.

El robusto soldado, el intrépido venador que pasó al raso tantas noches de su agitada vida, bajo el cielo inclemente del Tirol, ó persiguiendo gamuzas en las nevadas crestas de los montes, ha muerto tranquilamente junto á una ventana entreabierta, en los dias en que se preparaba á cazar en los bosques de la Mandria, situados á las inmediaciones de Turin. El aislamiento era su delicia hasta tal punto, que para librarse de importunos y de miradas indiscretas mandó cercar con una tapia dichos bosques y las tierras que dependen de tan vasto dominio.

Hácia fines de otoño, y á veces durante el invierno, Víctor Manuel salia con dos ayudantes por toda comitiva, á matar corzos, y vestido con una blusa y carabina en mano corria muchas semanas por rocas escarpadísimas, seguido de los cazadores más expertos de aquellos contornos.

Dormia en el hueco de una peña, comia en cualquier choza con más placer que en un regio alcázar, y volvia á Turin, no para entregarse á la molicie ni al reposo, sino para proyectar nuevas y arriesgadas expediciones.

Un dia, en la época en que más se activaban los preparativos del plan concertado entre Cavour y el Emperador de Francia para conseguir la independencia de Italia, llega á Turin una carta de Napoleon, que era urgente comunicar á Víctor Manuel. Se le busca por todas partes y el Rey no parecia. Uno de los emisarios le encontró al fin en el fondo de las montañas de Pignerol, albergado en la cabaña de unos leñadores. El Nemrod de la casa de Saboya recibió muy mal al mensajero, y tomó á regañadientes el camino de la capital, donde le llamaban los penosos deberes de monarca.

Tenía Víctor Manuel muchos puntos de semejanza con Enrique IV, el valiente cazador y legendario rey de Francia, y como él despreciaba el peligro.

Hace algunos años que á la caida de la tarde y en un bosque de la Calabria, se vió solo frente á un bandido mazziniano que tenía la mision de dar muerte al Rey de Italia.

—Buen hombre, dijo el fanático al príncipe; si quieres ganarte un escudo de oro, enséñame á Víctor Manuel cuando tome el camino de Reggio.

—¿Y qué quieres de él?

—Verlo.

—Pues bien, míralo: yo soy.

El criminal dió un paso atras y apuntó con su escopeta; pero el Rey, ágil como un tigre, se lanzó sobre él, lo desarmó y lo arrojó al suelo, atándolo con su mismo pañuelo.

Pidió perdon el asesino, y Víctor Manuel lo dejó en libertad, diciéndole tranquilamente:

—Eres un mal hombre; vé y arrepiéntete.

Las hazañas venatorias de Víctor Manuel rayan casi en lo increible. En una ocasion mató 94 gamos en una jornada, y en el año de 1871 dió muerte por su propia mano á 60 jabalíes.

Nadie le igualaba en arrojo, en serenidad y en destreza. Su muerte deja un vacío muy difícil de llenar entre los grandes apasionados al noble ejercicio de la caza.

LA PESCA BAJO EL HIELO.

*
* *

Remedio contra la sarna perruna.—Muchos son los que creen en la eficacia de una barra de azufre para preservar á los perros de esa enfermedad que los ataca, y que es la desesperacion de todo cazador.

Pero es un profundo error creer en la infalibilidad de este remedio, pues basta para producir el mismo resultado poner en vez del azufre un buen trozo de sílice, el más duro que se encuentre, para que el efecto sea el mismo. Es sabido que el azufre es insoluble en el agua, y que por consecuencia no puede tener ninguna accion sobte la economía animal; en cuanto al azufre sublimado (ó sea flor de azufre) administrado interiormente, es otra cosa.

Este excita el tubo intestinal, modifica la sangre y va á impresionar más particularmente las funciones de la piel y la mucosa de las vías respiratorias, pudiendo ser en tal concepto de alguna utilidad para combatir la enfermedad.

El mejor preservativo contra ella es el siguiente: el vino de quinina, y cuando se presenta la enfermedad en el sistema respiratorio y se anuncia por una inflamacion catarral con tos y derrame por las narices, los vomitivos, cualesquiera que sean, y particularmente el emético, el kérmes y la ipecacuana, provocan la desaparicion pronta del mal.

ANUNCIOS.

BIBLIOTECA VENATORIA
DE
GUTIERREZ DE LA VEGA.

Coleccion de obras clásicas españolas de montería, de cetrería y de caza menor, raras, inéditas ó desconocidas, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias, para ilustracion de los cazadores, deleite de los eruditos y gloria de la lengua castellana.

La Biblioteca Venatoria se publica en tomos en 8.º español, á unas cinco pesetas por término medio cada uno, ó poco más ó ménos, segun la extension de la obra y el grueso del volúmen; precio módico, porque van compuestos con caractéres nuevos elzevirianos, preciosas viñetas, letras de adornos, y estampados en hermoso papel de hilo con portadas á dos tintas; es decir, con todo el esmero que requieren estas imitaciones del buen gusto antiguo.

Se ha publicado el *Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI, restablecido el texto primitivo sobre los dos Códices del Escorial; el famoso y antiquísimo manuscrito de la Cartuja de Sevilla, propiedad hoy de S. M. el Rey; la copia del diligente Palomares, consultando esos códices, y las numerosas anotaciones de los eruditos Llaguno y Amirola y Cerdá y Rico al libro de Argote de Molina, todos ellos trabajos inéditos y de grande estimacion.

El *Libro de la Montería*, del rey D. Alfonso XI, de que se trata y que lleva además un discurso y notas del Excmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega, consta de dos gruesos tomos, que han valido por suscricion á 6 pesetas cada uno en Madrid y á 7 pesetas en provincias.

Al mismo precio podrán adquirirlos todavía los nuevos suscritores.

Fuera de suscricion se aumenta el precio de venta de toda la obra á 50 reales en Madrid y 60 en provincias.

El volúmen III de la *Biblioteca Venatoria* está en prensa, y contendrá él solo dos obras, el *Libro de la Caza*, del príncipe D. Juan Manuel, y el *Libro de las Aves de Caza*, de Pero Lopez de Ayala.

Se hacen los pedidos dirigiéndose á la Administracion y mandando letra de cambio por el valor de la suscricion.

Redaccion y Administracion de la *Biblioteca Venatoria* y de la Ilustracion Venatoria: Calle de Espoz y Mina, núm. 3, Madrid.

Madrid, 1878.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
Calle del Duque de Osuna, n.º 3.